

CELADORES DEL TIEMPO

SANTIAGO MIRANDA GUIMAREY

Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© Santiago Miranda Guimarey

Diseño de edición: Letrame Editorial.

ISBN: 978-84-18542-76-3

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

PRIMERA PARTE

El despertar

Reencuentros

Muerte, desolación, hambre y miseria. Estas son algunas de las adversidades que puedes encontrar fuera de la zona de cuarentena de Plaridio, una zona privilegiada... desde cierto punto de vista. Para una gran mayoría, aquello significa vivir en libertad y a salvo de los peligros del exterior. Otros, sin embargo, piensan que están limitando sus derechos por tener prohibido salir de las ciudades o por la férrea censura de cualquier tipo de actitud que no se encuentre dentro de las normas establecidas. En ambos casos, no hay elección: tienes que vivir la vida que el destino te depare.

A orillas del lago Cristal se encuentra un lugar en el que la gente vive en paz y armonía, ajena a las noticias de los asentamientos que hay en los alrededores. Es un pueblo tranquilo y su nombre es Nilagos.

En primavera, de forma habitual, una suave brisa del sur arrastra los aromas de los campos cercanos e inunda la ciudad con una fragancia muy característica en aquella época del año, cuando los árboles y las plantas están en plena floración. En los largos días de verano, el agua del lago está fría, refrescante y cristalina, tan clara que, incluso, a varios metros de profundidad pueden verse los peces. El otoño, con su clásica paleta de colores, dibuja un sinfín de hermosos paisajes y en el crudo invierno la nieve adorna sus calles, cubriéndolas con un precioso manto blanco. Quizás la mejor época para visitarlo sea en primavera, pero cualquier otra estación del año es propicia; cada una de ellas tiene su propio encanto.

Allí se alza un pequeño bar cercano al puerto. Uno de los pocos a los que la gente acude tras sus largas jornadas de trabajo en la fundición. Trabajar es obligatorio una vez llegada la mayoría de edad, pero son muy pocos los privilegios de los que disfruta la población de Plaridio: ver la televisión (con su programación previamente censurada), pequeñas reuniones, no muy numerosas, y de vez en cuando, asistir a alguna que otra fiesta. Eso sí, siempre bajo la atenta mirada de los guardias y de los cientos de cámaras

que se encuentran repartidas por cada uno de los rincones de la localidad, vigilando continuamente y sin descanso a todos sus habitantes.

Sobre la puerta del bar, un letrero con luces de neón ilumina la entrada indicando su nombre: Calipso. Visto desde fuera, aparenta un local grande. Sin embargo, una vez dentro, uno descubre un lugar más bien pequeño pero acogedor. Solo dispone de seis mesas y suele estar siempre abarrotado de gente, la mayoría de pie cerca de la barra; otros, en la puerta, conversando. Como es habitual desde hace mucho tiempo, los habitantes de Nilagos suelen reunirse en estos lugares. Es por esta razón que entre las nueve y las doce de la noche casi todos los bares están repletos. Con el paso de los años, aquello se había convertido en una tradición, haciendo que estos locales despidiesen un característico olor a vino rancio, tabaco y sudor que rara vez dejaba de percibirse.

Aquella noche, el local estaba casi lleno. Todas las mesas estaban ocupadas y apenas había un par de sitios libres. La barra estaba repleta de gente que hablaba de sus cosas, casi codo con codo debido al escaso espacio del que disponían. En la entrada, varios ancianos refunfuñaban y rememoraban tiempos mejores.

En una de aquellas mesas se encontraba Alice, una preciosa muchacha de veintiún años, de esbelta figura, con una hermosa melena de cabello castaño y unos enigmáticos ojos marrones. Sentado frente a ella está su amigo de la infancia, Ben, un muchacho de complexión fuerte aunque un poco regordete. Ambos se habían citado allí para recibir a un viejo amigo que se había ido al frente un año atrás y que volvía a casa de nuevo. Por norma general, el Ejército no reclutaba a nadie, pero, por alguna extraña razón, habían hecho una excepción con él. De manera habitual, todos los que se ofrecían voluntarios terminaban como personal del cuerpo general de guardias y siempre realizaban su trabajo en otras ciudades, lo más lejos posible de su lugar de origen. Según decían, era para evitar sobornos o tratos de favor a familiares, amigos o conocidos y, a pesar de ello, algunos continuaban ofreciéndose voluntarios, sin importarles tener que perder de vista a sus familias o a sus amistades.

Ambos estaban bebiendo cerveza acompañada de un pequeño aperitivo, mientras charlaban sobre el día a día. Procuraban no hablar alto para evitar que su conversación fuese escuchada por las personas que los rodeaban. No era la primera ni la última vez que los guardias arrestaban a alguien por el simple hecho de discutir u opinar sobre temas censurados o que no estaban

bien vistos.

—Parece que hace muchísimo tiempo que se marchó. Me pregunto si habrá cambiado desde que nos dejó —susurró Alice.

—Supongo que estará igual que siempre. Tengo ganas de verlo de nuevo para que me cuente todas las historias y aventuras que ha vivido en el frente —comentó Ben.

—No sé cómo se le ocurrió la idea de ofrecerse voluntario —dijo Alice—. Yo no lo haría, me parece algo de lo más absurdo.

—Pues yo creo que es algo digno y honorable —opinó Ben lleno de orgullo.

—Y, entonces, ¿por qué no has hecho tú lo mismo?

—Lo haría sin dudar y, de hecho, lo he intentado, pero me dijeron que era imposible, que estaban todas las plazas cubiertas y tendría que esperar hasta el próximo reemplazo. Me gustaría pertenecer al cuerpo de la guardia y velar por la seguridad de todos. Incluso estaría dispuesto a dar la vida por mi país. Esta tierra me vio nacer y me ha visto crecer; lo daría todo por defenderla.

—Esa es una actitud que te honra, Ben, pero hay que estar muy convencido para hacerlo —le dijo Alice con toda sinceridad.

Patriotismo, una palabra que Alice no acababa de comprender. No estaba de acuerdo con muchas de las reglas que regían aquella sociedad, pero intentaba no expresarse al respecto y hacer lo que hace la inmensa mayoría: callar.

Continuaron con su conversación y tras un par de cervezas más, dieron las diez de la noche; el tiempo había pasado rápido y comenzaban a impacientarse. De pronto, entre el gentío, apareció un hombre. Ellos estaban tan absortos en su charla que no se dieron cuenta de su presencia hasta que se acercó a la mesa y carraspeó. Sin pensarlo, ambos bajaron la mirada con rapidez; pensaron que se trataba de algún guardia que venía a preguntarles cualquier cosa o simplemente a pedirles su identificación. Asustados y llenos de temor, comenzaron a levantar despacio la cabeza para ver de quién se trataba. Aquella persona calzaba unas botas militares de media caña, llevaba atuendo militar, aunque no era el uniforme oficial de la guardia. Ambos se tranquilizaron un poco, pero se temían lo peor y continuaron alzando la mirada. En el pecho, un par de llamativas medallas colgaban de la solapa izquierda de su chaqueta. Aún no habían visto el rostro del desconocido cuando una voz familiar les dijo:

—¿Están ustedes esperando a alguien?

Ambos se sintieron aliviados y reconocieron aquella voz. Levantaron la vista para ver a aquella persona que tiempo atrás se había marchado y que esperaban ansiosos. Sus rostros reflejaban una alegría inmensa. Se había cortado el pelo, estaba perfectamente afeitado y llevaba una gorra militar, pero, aun así, le habían reconocido sin ninguna duda.

—¡Robert! —exclamó Alice mientras se levantaba y se acercaba a él para darle un par de besos en las mejillas, acompañados de un cálido abrazo—. ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Qué tal estás?

—Muy bien —contestó este—. ¿Me habéis echado de menos? Ya veo que no. Mientras yo luchaba, vosotros aquí, pasándolo bien.

—No digas tonterías. Bien sabes que te echábamos de menos —replicó Alice.

—¿Ehhh...? Ben, ¿qué pasa? ¿Ya no saludas a tus amigos? ¡No te voy a morder!

—Por supuesto que sí —dijo Ben levantándose y estrechándole con fuerza la mano, seguido de un abrazo y unas palmadas en la espalda—. Me alegro de verte, Robert. ¿Qué tal por allí?

—Primero dejad que tome asiento y pida algo para refrescarme la garganta. Luego contestaré a vuestras preguntas.

Los tres se acomodaron en la mesa. Robert llamó a la camarera y le hizo un gesto para que le sirvieran lo de siempre. La camarera lo miró extrañada y durante un par de segundos, se preguntó quién era, pero enseguida lo reconoció, era aquel muchacho al que habían admitido en el Ejército. Era muy conocido en la ciudad. Su familia se sentía orgullosa de él y sus conciudadanos también. Solo aceptaban a los mejores y apenas un puñado eran destinados a los campamentos situados cerca de la frontera.

Los tres comenzaron a conversar contándose numerosas anécdotas. Estaban contentos de volverse a ver tras un largo año de espera.

—Cuéntanos. ¿Qué pasó cuando te marchaste? —preguntó Ben impaciente por escuchar todas sus aventuras.

—Pues bien. Me llevaron a Casfaber y allí tomé uno de los trenes que llevan a la gran muralla. Ese año dirigí y controlé todo lo que salía hacia la zona del Yermo.

—¿Cómo es el Yermo? ¿Es cierto que es oscuro y frío como nos contaban cuando éramos niños? —preguntó Alice intrigada.

—Pues no lo sé, no llegué a cruzar nunca la muralla. La verdad es que

pasé toda la campaña en el acuartelamiento. De vez en cuando hacíamos alguna que otra inspección cerca del muro, pero no había mucha diferencia entre el Yermo y Plaridio, aunque eso es fácil de comprender. Apenas pude divisar unos metros tras el muro, pero supongo que más allá todo empeora.

—Pero cuéntenos algo más interesante. ¡Seguro que has vivido miles de aventuras! —le increpó Ben.

—He vivido extrañas situaciones y he visto cosas muy curiosas, pero hay una en especial que me llamó mucho la atención.

—Cuenta, cuenta —le alentaron ambos casi al unísono.

La cara de Robert denotaba una sorprendente seriedad ante la atenta mirada de sus dos oyentes, que esperaban oír sus palabras.

—Un día, mientras estaba de guardia en el campamento, oí un grito aterrador que provenía de una de las tiendas de campaña cercanas. Corrí muy rápido hacia allí para ver qué es lo que ocurría. Cuando llegué, la tienda estaba vacía y no encontré a nadie. Sin embargo, la luz permanecía aún encendida. Nada más entrar, algo extraño llamó mi atención. Una especie de nube de polvo negro flotaba en el ambiente. Nunca supe quién había gritado, pero, sin duda alguna, allí había estado alguien hacía apenas un instante y lo supe porque toqué el colchón y noté que seguía caliente; todo aquello me pareció muy raro.

—Pero... ¿qué pasó? ¿No lo encontrasteis? —preguntó Alice angustiada.

—No. Al día siguiente me presenté a mi superior para darle el informe sobre lo que había sucedido, pero me dijo que olvidara el asunto, que en esa tienda no hubo nadie la noche anterior, que el soldado se había ido por la mañana al Yermo con su grupo. Le pregunté si podía ir en su búsqueda con algunos hombres y me contestó que no, y me insistió de nuevo en que olvidase lo ocurrido. Todo quedó zanjado en ese momento y no tuve la oportunidad de esclarecer los hechos.

Ben estiró un brazo y le dio unas suaves palmadas en la espalda, mientras sonreía orgulloso de su compañero.

—Si te dijeron que te olvidaras del asunto, sería por tu bien. Seguro que no ocurrió nada, pero me hubiera gustado que te hubiesen dejado salir en su búsqueda, así verías algo más del Yermo y tendrías cosas más interesantes que contar. ¡Qué desilusión! ¡Yo me esperaba historias mejores!

—No luché contra nadie, si es eso lo que esperabas oír, pero ayudé a nuestra patria.

Un anciano se acercó a la mesa y dio un puñetazo sobre ella que hizo

callar a todos los que se encontraban en el bar. Tenía el pelo canoso, sucio y enmarañado. Sus ojos rojizos estaban hundidos en sus cuencas, la ropa estaba hecha harapos y su semblante les recordaba a los personajes de una película de terror. Su aliento desprendía un fuerte olor a alcohol.

—¡Te he estado escuchando, muchacho, y es normal que no te dejasen ir en busca de ese hombre! —dijo el viejo con voz ronca— porque ellos, los poderosos, los de arriba, no quieren que sepas lo que hay fuera, no les interesa.

Robert se levantó y golpeó también la mesa. Se plantó cara a cara con el anciano, mientras todo el mundo los miraba con expectación. La tensión crecía en el ambiente y algunos clientes comenzaron a murmurar.

—Lo que hay más allá de las murallas es un lugar horrible, desolador, allí cunde el caos absoluto. Es un lugar sin ley. Yo no tengo ningún interés ni curiosidad por saberlo y si algún día tuviese que ir, sería para darles una lección de civismo a todos los que allí viven y que intentan invadir nuestro territorio. Gracias al Ejército y a nuestros líderes estamos seguros y disfrutamos de nuestras vidas. Deberías estar orgulloso de tu país y de quienes nos gobiernan. Sin embargo, te pasas el día metido en un bar para emborracharte como un inútil, sin más aspiraciones en la vida.

—¿Eso es lo que te han contado? —replicó el viejo entre carcajadas—. Has traído la deshonra a este pueblo. Nunca había salido ni un solo militar de aquí. ¡Patria, libertad! ¡Yo maldigo tus símbolos y tus líderes! Mi abuelo estuvo allí y me contó que había visto verdaderas maravillas: bosques de cristal, tierras fértiles, cascadas que desafían las leyes de la gravedad y animales preciosos que no alcanzamos ni siquiera a imaginar. Ellos dicen que nos protegen de los que allí habitan... Una mentira más de tantas que nos cuentan esos a los que tú llamas líderes. Al contrario de lo que crees... ¡somos nosotros los que los estamos invadiendo!

La conversación se vio interrumpida por el sonido de una botella rompiéndose en el suelo cuando Ben intentaba sujetar la mano de Robert, que ya estaba levantada para golpear al anciano. Al ver lo ocurrido, y antes de que las cosas fuesen a más, varios clientes agarraron al anciano y se lo llevaron a la fuerza, mientras maldecía y gritaba improperios una y otra vez.

En la puerta del local, dos guardias habían contemplado la escena. Se acercaron al viejo, que chillaba sin cesar. Uno de ellos lo sujetó por un brazo sacándolo del local y lo empezó a arrastrar por la calle. Mientras, el otro se acercó al quicio de la puerta y miró hacia el interior del bar, tal vez

en busca de algún alborotador más.

—¡Os engañan! ¡Estáis todos ciegos y os da igual! ¡Hay que revelarse! ¡El mundo que hay allí fuera es mucho mejor!

Los gritos del hombre se apagaban a medida que se alejaba hasta que desaparecieron por completo. El guardia que se había quedado en la puerta abandonó el lugar a la carrera para alcanzar a su compañero. El bar retomó de nuevo la calma. El camarero se apresuró a limpiar los cristales con escoba y recogedor. Alice, asustada aún por lo ocurrido, se levantó de la mesa y les dijo:

—La compañía es grata, pero me tengo que ir. Se me hace tarde, si no, mañana, a ver quién me despierta.

—Si no te importa, te acompañaré. No te dejaré sola sabiendo que hay locos como ese estúpido viejo por ahí sueltos —dijo un Robert enfurecido, mientras sacaba dinero de su cartera para pagar la cuenta.

—Pues yo también me voy. No pienso quedarme aquí solo —comentó Ben.

Los tres abandonaron el bar y se dirigieron hacia sus respectivas viviendas. Ben se despidió de ellos pronto. Su vivienda estaba apenas a cinco minutos del local. En cambio, Alice aún tenía un pequeño recorrido de unos veinte minutos más o menos.

Tenían que llegar casi hasta el otro extremo del pueblo y lo tendrían que hacer a pie, como la inmensa mayoría de sus habitantes. Los vehículos a motor solo estaban permitidos para la gente acomodada o de clase alta. La explicación que daba el Gobierno era que los coches producían accidentes y eso conllevaba el aumento de víctimas o heridos por accidentes de tráfico. Querían que el lugar fuese lo más seguro posible para sus habitantes. El resto de vehículos autorizados eran para los militares, políticos, mandatarios y los servicios de emergencia básicos: ambulancias, bomberos, etc. De todos modos, la clase media y baja no podía permitirse el lujo de comprar un coche, sus sueldos apenas les llegaba para el día a día.

Continuaron la conversación mientras caminaban y pronto llegaron a la plaza central. Esta albergaba un precioso jardín demarcado por un muro de setos. En el centro se alzaba imponente un precioso árbol que fue plantado allí por los primeros colonos que se asentaron a orillas del lago y de eso hacía siglos. Con el paso los años, lo habían adoptado como un símbolo, incluso formaba parte de su bandera; curiosamente, hacía muchísimo tiempo que no se veía ninguna ondeando.

Se cruzaron con algunos guardias. Estos vestían los uniformes reglamentarios y entre otras cosas portaban una especie de armadura ligera y una porra eléctrica como única arma. Los de alto rango solían llevar casco y otro tipo de armadura.

Quizás porque veían que Robert llevaba equipamiento militar, en ningún momento les pararon para registrarlos o interrogarlos, como era costumbre. A esas horas de la noche era normal que si encontraban a alguien por la calle, le sometieran a un duro interrogatorio. Era muy incómodo y estresante no poder moverse con total tranquilidad por donde se quisiera, sin que alguien lo supiese. Les decían que ese era el precio que había que pagar para poder disfrutar de una mayor seguridad y teniendo en cuenta las estadísticas, parecía que la cosa daba resultado. Debido a esa circunstancia, la delincuencia apenas existía. Los pocos fallecimientos que se producían eran por causa de la edad o por enfermedad. En contadas ocasiones había algún suicido o asesinato.

—Robert, continúo teniendo esos extraños sueños —dijo una entristecida Alice—. Siempre igual: batallas, guerras, reuniones... Desde hace un mes se hacen cada vez más reales hasta tal punto que, a veces, me despierto por las mañanas y no sé dónde estoy.

—¿Otra vez esos sueños? Te persiguen desde muy niña. ¿Pero no me habías dicho que se habían terminado? ¿Se lo has contado a alguien más?

—No, solo a ti. Tengo miedo de que me tomen por loca o algo peor. De ser así, me llevarían a la Ciudadela Negra. Además, en algunos de mis sueños, bueno... —Alice titubeó un instante—, curiosamente, he visto cosas como las que mencionó ese anciano en el bar y eso me intriga. Te había dicho que se me habían pasado para que no te preocuparas por mí mientras hacías las pruebas de acceso.

—Solo son sueños, tienes que olvidarlos. Sería una buena idea que escribieras un libro sobre ellos, seguro que de ahí sacas buenas historias —contestó riéndose Robert—. Quizás te sirva de ayuda pensar en algo agradable antes de dormir.

Ambos se echaron a reír. Mientras caminaban, se podía percibir el leve zumbido que emitían las cámaras de seguridad situadas en una farola cercana. Estas lo grababan todo sin interrupción las 24 horas del día. Toda conversación, todo movimiento o acción quedaba registrado por los cientos de cámaras situadas por todos los rincones de la ciudad. Algunas veces, las tropas aparecían por sorpresa en el domicilio de cualquier persona para

llevarse a sus ocupantes, por comentar lo que no debían u opinar sobre temas prohibidos, como la revolución, el sistema de gobierno o todo lo que fuese en contra del poder establecido. Estas aptitudes eran rápidamente reprimidas para conservar la paz, el bienestar y el orden.

—¡Pobre anciano! —dijo Alice—. Seguro que ahora mismo está en un furgón camino de la Ciudadela por decir aquello en el bar. ¿Y si fuese cierto? ¿Estaremos en manos de un grupo de gente sin escrúpulos y sin corazón? No, no puede ser, eso significaría que nos estaban mintiendo. La zona del Yermo es horrible, eso dicen. ¿Por qué lo tendrían que ocultar? Creo que la gente como él está enferma o ha perdido la cabeza, y debe ser internada para recibir tratamiento y así poder mantener la paz.

Un sistema de gobierno funciona como los engranajes de un reloj: si una rueda está defectuosa, perjudica a las demás y hay que reemplazarla por una nueva. Por suerte, disponían de un cuerpo de seguridad, los guardias, que eran los encargados de limpiar los lastres de la sociedad. A los que eran arrestados no se les permitía disponer de defensa alguna, lo cual generaba grandes dudas sobre tal situación. Quizás, a veces, estas acciones no estaban del todo justificadas. Tal vez, el viejo del bar no estaba loco, ni soñaba con revoluciones, ni cosas extrañas, simplemente estaba borracho y en ese estado, se dicen muchas tonterías.

—Robert, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Sí, claro, pregúntame lo que quieras.

—Tú has estado en el Ejército. ¿Qué pasa o qué les hacen a la gente antisistema o inadaptable? Como, por ejemplo, ese pobre anciano. ¿Qué les ocurre? A veces me pregunto si quizás yo soy uno de ellos.

—Tú no eres así, Alice. ¿Sabes lo que les pasa? Si cometes una falta leve, te llevan a reeducación. En caso de que sea grave, como llevar a cabo un atentado o incitar a la rebelión, irás a prisión. Pero no te preocupes, en esos lugares los tratan bien. He visto a esa gente con mis propios ojos, en Casfaber hay muchos. Su problema es que no saben lo que quieren ni por qué han venido a este mundo, y creen que cambiándolo todo, ellos también cambiarán. Todos tenemos un camino en la vida, la cuestión es encontrarlo. Además, no se debe cuestionar a los que nos gobiernan. Están ahí para ayudarnos y no para obstaculizar nuestro camino.

—Quizás tengas razón, pero me da pena ese pobre hombre y no dejo de pensar en él. —Alice se metió las manos en los bolsillos mientras agachaba la cabeza.

—Era un viejo estúpido. A esas edades, la cabeza ya no funciona como debería —dijo Robert mientras mostraba una falsa sonrisa.

Sin darse cuenta, ya habían llegado al barrio de Alice. Estaba lleno de casas muy parecidas, aunque alguna de diferente altura. Era la zona donde vivía la mayor parte de los habitantes de Nilagos. Al llegar a la altura de su vivienda, se despidieron y Alice entró en su casa. Robert continuó solo, aún le quedaba un largo trecho hasta los barracones del Ejército, situados muy cerca de la zona empresarial de la ciudad.

La casa de Alice era un piso pequeño, un edificio dividido en dos plantas. Abajo vivía una pareja de ancianos con los que apenas tenía ningún tipo de contacto, aunque a menudo los veía salir de casa. Su piso solo contaba con un baño, dormitorio, cocina y un salón; estos dos últimos estaban unidos, separados por una pequeña encimera.

Había recibido una casa como herencia de sus padres, pero no le habían permitido quedarse con ella. Por alguna razón que desconocía, la habían destruido y creado una nueva en su lugar, dividiéndola en dos plantas y dejándole a ella el piso superior. Al ser huérfana, tenía derecho desde los doce años a una vivienda para ella sola, pero si al cumplir los veintidós no la compraba o empezaba a pagar un alquiler por la misma, se la quitarían, así lo dictaban las normas. Por suerte, había trabajado lo suficiente y disponía de una buena cantidad ahorrada como para poder pagar el alquiler durante unos años.

Alice, como solía hacer todas las noches, disfrutó de una relajante ducha, se puso su pijama de rayas, se fue al dormitorio, se metió en la cama con cuidado para no deshacerla mucho y se cubrió hasta el cuello, hacía frío. No se acordó de coger el mando a distancia del televisor antes de taparse, por lo que tuvo que destaparse un poco para alcanzarlo, ya que estaba encima de la mesilla de noche.

Encendió el televisor, dispuesta a ver algún programa para conciliar el sueño. La mayoría ya habían suspendido la programación y mostraban rayas grises en la pantalla. A esas horas solo quedaban tres canales con algún que otro reportaje. Fue en uno de estos donde estaban emitiendo un programa sobre acontecimientos curiosos acaecidos hacía mucho tiempo atrás. En esos momentos, comentaban el suceso que había ocurrido en el lago Cristal en 1850, año en el que una gran explosión en el centro del mismo hizo que toda la ciudad se inundara durante casi una semana.

El programa relataba cómo una erupción volcánica había tenido lugar en

el fondo del lago. Según los informes de los que disponían, la composición de los sedimentos y su acumulación en el fondo de la laguna había bloqueado el curso de un río de magma subterráneo hasta colapsarlo, haciendo que este estallara. Eran extraños los testimonios de los expertos que afirmaban que una explosión de esa magnitud tenía pocas posibilidades de suceder, pero que contra todo pronóstico, así había ocurrido. Recalcaban que no había peligro de una nueva explosión, pero recomendaban no bañarse en el lago por precaución.

El día a día de la población de Plaridio siempre era pura rutina: ver la televisión con programas previamente censurados. Si leías un libro, ocurría lo mismo. Solo podías leer lo que estaba permitido y si decidías salir a la calle, los guardias se encargaban de recordarte dónde estabas. El miedo era el patrón que dirigía la vida de todos sus habitantes. Los mantenía unidos contra un enemigo común, que todo el mundo desconocía, pero que no dudaban de su existencia. Lo que sí habían conseguido era sembrar la desconfianza entre la población y que muchos empezaran a sospechar incluso de sus propios vecinos.

Los guardias y los informativos siempre recomendaban a los ciudadanos que informasen sobre cualquier conducta extraña. La gente era premiada o recompensada por tales hechos. Los mandatarios tenían todo bien controlado. La población realizaba el trabajo de la policía haciendo de confidentes, de esta manera evitaban que la gente se relacionase por miedo a ser denunciada por cualquier asunto, incluso por sus propios amigos.

Poco a poco, el tiempo fue pasando. Alice sentía cómo sus párpados se hacían más pesados. Se dio cuenta de que ya era cerca de la una de la madrugada y apagó el televisor. Se acomodó bajo la manta, tenía miedo, le preocupaba que se repitiesen de nuevo esas extrañas visiones, esas pesadillas que, noche tras noche, la acosaban; quizás regresarían para atormentarla una noche más.

La verdad es que no le gustaría volver a despertarse a gritos como le había ocurrido la última vez. Para tratar de evitarlas, recordó los consejos de Robert. Comenzó a pensar en cosas bonitas y recuerdos felices con la esperanza de que algún día, quizás, los encontrara, en vez de los oscuros y tétricos paisajes que a veces describían sus sueños.

Imaginó un campo de hierba verde mecida con suavidad por el viento y que terminaba en una pequeña colina coronada por un precioso árbol en flor. El sol iluminaba con sus cálidos rayos todo el entorno, disfrutando así

de un espectacular paisaje. Un lugar idílico en el que quedarse y olvidarse del tedioso mundo que existía más allá de la imaginación.

Poco a poco, sus pensamientos abandonaban ese mar de tranquilidad y relajación, sumergiéndola lentamente en el mundo de los sueños. No tardó demasiado en aparecer una oscura sombra, que tornó todo lo que era bello en extrañas y surrealistas formas que asustarían a cualquiera. Por desgracia para Alice, sus pesadillas habían vuelto de nuevo.

El despertar del sueño

Una sombra se ceñía sobre el sueño de Alice. La hierba verde, poco a poco, se fue tornando en un color marrón, dándole la apariencia de un campo desolado. Unas densas nubes grises evitaban que el más leve rayo de sol atravesase su negrura, aunque algunos conseguían escapar de sus garras para apenas iluminar el entristecido campo. El viento soplaba con fuerza, tan fuerte que arrancaba cada hoja del árbol situado en la colina. Cada una se disolvía lentamente en el aire. Parecía que el viento las había calcinado, dejando tras de sí un rastro de cenizas negras. Sus flores se marchitaban rápidamente y su corteza se resquebrajaba sin piedad, como la extrema sequía separa la tierra.

En apenas unos minutos, no quedaba ni rastro de lo que había sido aquel maravilloso campo al principio. Sin embargo, allí estaba ella, en el centro de ese escenario, sin saber qué hacer. Por más que miraba su entorno, veía solo desolación, así que optó por no moverse.

No era la primera vez que un sueño comenzaba con una simple reunión y, al final, terminaba con sucesos insólitos; el solo hecho de recordarlos, la estremecía. Normalmente tenía el control del sueño, pero, a veces, lo perdía por completo, dejándola a merced de su imaginación.

Una pequeña vibración sacudió el suelo y cientos de cuervos salieron de entre las hierbas. Algunos escapaban entre las nubes, otros volaban en círculos alrededor de Alice que, asustada, se agachó mientras se cubría la cabeza con las manos. Pudo sentir que algunas alas batían contra su espalda, atemorizándola todavía más, mientras deseaba que todo terminase cuanto antes.

De nuevo, otra vibración, seguida de un estruendo en la lejanía. Los cuervos que quedaban se asustaron y alzaron el vuelo dejando tras de sí restos de su plumaje que, con suavidad, se posaban sobre la hierba. Alice se levantó y observó cómo todos ellos desaparecían en medio de las nubes. Una última pluma caía despacio, dando vueltas en el aire. Se fijó en ella,

siguió sus gráciles movimientos hasta que terminó en el suelo, delante de sus pies.

Se agachó, la recogió con su mano y la observó con detenimiento. Era negra como el carbón, pero con una forma perfecta, casi majestuosa, como si hubiera sido tallada por un escultor. De pronto, se alzó una fuerte ráfaga de viento que levantó el resto de plumas y creó una especie de cortina ante ella. Soltó la que tenía en la mano y esta se unió a las demás formando una pared que no dejaba ver a través de ella. Pasados unos segundos, la cortina empezó a difuminarse y pudo apreciar la silueta de varias personas que iban hacia ella corriendo y gritando, pero cuando por fin todas las plumas cayeron, pudo ver con toda claridad a cientos de hombres que formaban un ejército, que avanzaban en su dirección. Viendo aquello, dio unos pasos hacia atrás, se giró y empezó a correr sin dejar de mirarlos. Como no se fijaba por dónde iba, tropezó con una piedra y cayó entre las hierbas.

Se levantó enseguida para seguir corriendo, pero, para su sorpresa, frente a ella tenía otro ejército igual de numeroso que el anterior. Se paró y miró a ambos lados para asegurarse de lo que estaba viendo. No tenía escapatoria, parecían dos enormes olas a punto de chocar entre sí y ella se encontraba en medio. Deseaba despertar para evitar aquella situación. Los sueños siempre empeoraban y no quería seguir allí, no quería ver lo que iba a pasar, pero no podía huir.

Miles de pensamientos invadían su cabeza mientras ambos ejércitos avanzaban hacia ella. En ese instante, decidió correr hacia el árbol marchito, pero fue inútil: sus piernas no se movían, estaban ancladas al suelo. Su desesperación aumentaba. Por mucho más que lo intentaba, no podía moverse ni un ápice.

Decidió gritar, gritar con todas sus fuerzas para que parasen, pero no se oía nada. Su voz se perdía en la llanura y el silencio se rompía con las atronadoras pisadas y gritos de ambos ejércitos que, lentamente, se hacían más y más claros. Se preguntaba por qué las personas podían matarse entre sí o sentir tanto odio unos y otros; era una de esas cosas que no llegaba a comprender.

Ambos ejércitos continuaban avanzando. A algunos combatientes se les veía brillar algo en una de las manos, quizás algún tipo de arma; otros sujetaban una espada. Sin embargo, algunos no portaban nada. En apenas unos segundos, varios rayos de luz y fuego salieron de ambos grupos golpeándoles aleatoriamente. Algunos alcanzaban sus objetivos. Otros

hombres caían fulminados al suelo y eran pisoteados sin escrúpulos por sus compañeros. Uno de esos rayos cayó al lado de Alice, abriendo un ligero boquete humeante en el suelo.

Sin casi darse cuenta, ambos ejércitos estaban apenas a unos metros de encontrarse. Alice intentó gritar una vez más, pero sin éxito. No pudo hacer nada para evitarlo y los dos grupos de combatientes chocaron. Alice observaba la escena presa del miedo, mientras veía impotente cómo se mataban entre sí. Cientos de flechas pasaban por encima de sus cabezas para terminar clavadas en cualquier parte del cuerpo y los heridos de muerte caían como si se tratasen de meros fardos de heno.

Un nutrido grupo de hombres salieron impulsados por el aire, como si se tratase de una explosión. En el centro, un hombre alzaba su espada hacia el cielo mientras algunos lo observaban. Poco a poco, la espada empezó a emitir rayos luminosos hasta que se liberaron del arma atravesando el cielo. Acto seguido, bajó la espada y con fuerza, golpeó el campo de batalla con ella; el lugar se estremeció con fuerza y el cielo se dividió en dos.

Los rayos de sol se abrieron paso e iluminaron todo el campo de batalla durante unos instantes, mostrando toda su crudeza. En apenas unos segundos, las nubes negras volvieron a reinar de nuevo y mientras las primeras gotas de lluvia caían, el cielo empezó a rugir. El hombre que hizo que el sol iluminara el cielo con su espada, ya había muerto para entonces. Uno de sus enemigos le había atravesado el pecho con una lanza, dejándolo sin vida, como uno más de tantos cadáveres que había en aquel campo de batalla.

Alice observaba atónita y horrorizada el espectáculo. No pudo evitar que las lágrimas se deslizasen por sus mejillas; quizás fuesen gotas de lluvia, qué más daba. Eso le dio fuerza para intentar parar aquella sangría. Cerró los ojos, cogió aire y comenzó a gritar. Esta vez podía oírse, de eso estaba segura, pero todos la ignoraban, solo prestaban atención a la lucha. Abrió los ojos y volvió a gritar, les gritó que parasen; nadie le hacía caso. No se rindió y prosiguió con un último intento. Llenó de nuevo sus pulmones de aire y gritó con todas sus fuerzas.

Había cerrado los ojos al gritar y cuando volvió a abrirlos, todo estaba parado. Por fin se habían detenido, pero todo era muy extraño. A su lado, a unos pocos metros, una flecha flotaba en el aire sin nada que la sujetara y los hombres estaban inmóviles cual estatuas de piedra. Las gotas de lluvia también estaban detenidas en el aire. Se podían ver todas y cada una de

ellas, inmóviles, desde la más grande a la más diminuta; si quisiera podría contarlas. Pudo apreciar a un hombre que estaba siendo atravesado por una lanza. Cada gota de sangre levitaba grotescamente. Parecía como si estuviese observando un lienzo en el que se recreaba una gran batalla. Asustada, intentó moverse, esta vez con éxito.

Se giró hacia un lado y para su sorpresa, vio a un hombre que caminaba con lentitud en su dirección. Era la única persona, a parte de ella, que se podía mover en aquel escenario. En su mano derecha sostenía una especie de esfera brillante que parecía vibrar y que emitía una luz blanquecina, como un sol en miniatura. Vestía una larga túnica con una capucha que le cubría la cabeza, dejando ver solo la parte inferior de la cara. Una cicatriz atravesaba sus labios, pero no pudo ver dónde terminaba; la sombra de la capucha impedía ver todo su rostro, aunque parecía que continuaba hacia la mejilla derecha.

Casi sin darse cuenta, el hombre ya estaba cerca de ella. Se detuvo a escasos metros. Entonces, dijo con una voz clara:

—Este es el principio de un nuevo mundo.

Después, el hombre levantó el brazo derecho y, con fuerza, tiró la esfera contra el suelo. Una intensa luminosidad bañó el lugar en todas direcciones. Tal era la intensidad de la luz que cegaba por completo la visión. Un fuerte viento recorrió todo el campo, acompañando todo ese poder luminoso. Alice gritó con todas sus fuerzas mientras entreabría los ojos y consiguió ver algo en medio de toda esa claridad. En apenas un instante, vio cómo del árbol marchito empezaba a brotar agua por sus ramas y comenzaba a renacer con todo su esplendor. La luz volvió a intensificarse obligándola a cerrar los ojos de nuevo hasta que, por fin, se disipó por completo. Justo en ese momento, Alice se despertó, abrió los ojos rápidamente y gritó, como si le hubiesen echado un cazo de agua.

Era una mañana fría. Los rayos de sol se colaban entre las rendijas de la persiana iluminando tenuemente la habitación. El cuarto contaba con una cama, la cómoda, su respectiva mesilla y el armario. Era el equipamiento básico en cualquier casa, ya que no estaba permitido tener mucho más. El aire de la habitación estaba enrarecido, quizás debido al olor del sudor de Alice que se había despertado totalmente empapada.

Alice solía ser una persona a la que le gustaba dormir. Todavía le quedaba un par de horas para ir a trabajar, pero no tenía ganas de dormirse de nuevo; por esta noche ya había tenido bastante. Mientras asimilaba todavía el sueño

que acababa de tener, decidió levantarse y se acercó a la ventana para abrirla. Levantó la persiana y los rayos de sol inundaron toda la habitación, coloreando el lugar con un bello toque sepia. Observó la calle que, a aquellas horas, continuaba vacía, a la espera de que comenzase una nueva jornada y retomar el bullicio diario de sus habitantes.

Abrió la ventana para que se refrescase el cuarto. Al hacerlo, el aire frío entró con rapidez y un escalofrío recorrió todo su cuerpo durante unos segundos, poniéndole la piel de gallina. En la calle, el sol comenzaba a calentar el pavimento y a evaporar el rocío de la noche, mostrando una tenue neblina que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Cerró la ventana. El frío se hacía insoportable, pero por lo menos le había servido para despejarse.

Se quedó quieta durante unos segundos cuando un sonido procedente de la cocina llamó su atención. Estaba asustada, pero se tranquilizó y se acercó a la puerta de la habitación, sin hacer ruido, para ver lo que ocurría. Mientras se acercaba, un agradable olor procedente de la cocina empezó a inundar la vivienda. No comprendía qué pasaba, pero parecía apetitoso. Asomó un poco la cabeza y vio fugazmente la sombra de una persona.

Asustada, escondió la cabeza y pensó qué podía hacer. Había una persona en su casa. Muchas cosas se le pasaron por la cabeza, casi ninguna era buena. Había oído historias de gente que desaparecía a primeras horas del día sin dejar rastro.

Podía escapar saltando por la ventana, pero seguro que se rompería una pierna al caer o algo peor. Llamar a la guardia era otra posibilidad, aunque seguro que también se la llevarían a ella para ser interrogada y pedir todo tipo de explicaciones. También podría enfrentarse a él, pero no se veía en condiciones de hacerle frente a nadie. Por un momento, su mente se bloqueó, no sabía qué hacer, cuando una voz, procedente de la cocina, dijo con claridad:

—He oído cómo te despertabas. Tranquila, no voy a hacerte daño. Solo quiero hablar contigo.

Alice se sorprendió al oírlo. Seguro que cualquier persona diría eso para que se confiara y saliera para luego agredirla. Cada segundo que pasaba parecía eterno. Dudó hasta que, por fin, tomó una decisión y, armándose de valor, dijo:

—Si quieres decirme algo, dímelo desde ahí y márchate. No quiero que me hagas daño.

—No te mentiré —dijo aquella persona, mientras Alice escuchaba con atención—. Piénsalo bien. Si quisiera matarte, lo habría hecho de noche mientras dormías y, además, podría hacerlo ahora si quisiera, pero no he venido aquí para eso. Ah, por cierto, llevo dos espadas a la espalda, pero eso no quiere decir que las vaya a usar y muchísimo menos contra ti; siempre las llevo encima.

—¿Espadas? ¿Eres de la guardia?

—No, aunque supongo que estarían encantados de cogermelo, pero no te diré nada más hasta que no des la cara y vengas aquí.

Entonces, Alice se acercó a la puerta y, con calma, se asomó para salir. Presa del miedo, caminó despacio hacia la cocina, mirando a su alrededor por si había más personas. Se fijó en que la puerta principal no estaba forzada ni las ventanas rotas. Sobre la encimera había un plato de patatas fritas acompañadas de un huevo, beicon y un par de salchichas. No sabía qué estaba pasando, pero algo en su interior le decía que podía confiar en aquella persona y que no le pasaría nada.

Cuando entró en la cocina, el hombre se dio la vuelta para mostrar su rostro. Era un muchacho joven de unos 20 años, alto, de cabello castaño, bastante corto. Estaba bien afeitado, y sus ojos eran pequeños y oscuros. Vestía una túnica negra que llevaba sin abrochar, dejando ver el resto de su indumentaria, un pantalón negro y una chaqueta gris oscura. A su espalda se notaba un pequeño bulto, posiblemente serían las espadas que antes mencionó.

Alice se atrevió a preguntarle algo, sin saber aún muy bien lo que hacía y por qué confiaba en un hombre que no conocía de nada.

—Antes de nada, mi nombre es Alice. ¿Y el tuyo?

—Nombre... Un nombre significa confianza, amistad, aprecio. Me da igual, llámame como quieras.

—¿Es que ni siquiera me vas a decir tu nombre? Si quieres que confíe en ti y que te escuche, tendrás que decírmelo. Quiero saber con quién estoy hablando. Si no, ya te puedes ir por donde has venido.

—Muy bien. De acuerdo, puedes llamarme Iván.

Alice se acercó a la mesa y lo miró fijamente a la cara. Estaba a unos metros de él y parecía como si lo estuviese tocando; notaba como una fuerte presencia. No le quitaba ojo para que, en caso de peligro, pudiese reaccionar con rapidez.

—Perdóname, he olvidado mis modales... ¿Quieres desayunar? Lo he

preparado para ti —dijo Iván mientras señalaba con la mano el plato que estaba sobre la encimera.

Tenía un aspecto delicioso. Aunque tenía hambre, decidió no comer. Pensó que quizás podía haberle echado algo a la comida para dormirla o peor aun, envenenarla.

—No, gracias. Dime lo que tengas que decir y márchate, por favor.

—Es justo. Intentaré ser lo más breve posible. Comprendo que estés asustada y te doy mi palabra de que me iré en cuanto termine.

—Muy bien. Confío en que así sea.

—Soy un hombre de honor aunque no te lo parezca.

Entonces, Iván se dispuso a contarle pacientemente lo que tenía que decirle. Alice permanecía alerta, vigilando los movimientos del muchacho.

—Quiero que vengas conmigo ahora. No hay tiempo para explicaciones, pero te pido que confíes en mí.

Iván se quedó callado. Durante unos segundos, ambos se miraron fijamente. A Alice le entraron ganas de reír e intentó disimular para mantener la seriedad ante tal situación.

—No voy a ir contigo a ninguna parte. ¿Por quién me has tomado? No soy estúpida.

—No, la verdad es que no eres estúpida, solo ignorante. Desconoces la verdad sobre dónde vives y cómo funcionan las cosas. Te doy la oportunidad de enseñarte un mundo más allá de lo que puedas imaginar y para eso es necesario que vengas conmigo.

—Si eso es todo lo que tenías que decir, ya te puedes marchar, porque no pienso ir contigo a ningún sitio. Ahora, cumple tu promesa y márchate.

—Por supuesto.

El muchacho se dirigió hacia la salida en silencio y abrió la puerta. Cuando ya tenía un pie en el exterior, giró la cabeza y dijo:

—Hasta pronto. Este no será nuestro único encuentro. Espero que todo te vaya bien.

Ya se encontraba fuera y cuando se disponía a cerrar, se dio la vuelta de nuevo y mirando a Alice por última vez, le dijo:

—Se me olvidaba. Sé lo que significan esos sueños que tienes.

Iván cerró la puerta. Alice, al oír estas últimas palabras, corrió hacia la puerta para llamarle y evitar que se marchara, pero, al abrirla, ya no estaba. Las calles estaban vacías, ni rastro de él; había desaparecido como un fantasma. Alice se quedó intrigada al descubrir que una persona

desconocida hasta ese momento sabía algo sobre sus extraños sueños.

Entró de nuevo en casa y cerró la puerta con llave. Se dirigió al cuarto de baño para darse una ducha. Mientras lo hacía, no dejaba de pensar en lo ocurrido y cómo esa persona parecía saber muchas cosas sobre ella. Por más que cavilaba, no lograba adivinar cómo había conseguido entrar en su casa. Normalmente, una persona que entra a hurtadillas en una vivienda ajena lo hace para robar y no para prepararle el desayuno al inquilino.

Tras echar más tiempo de lo habitual, salió de la ducha, inmersa aún en un mar de dudas. En unos minutos, se atavió con un pantalón vaquero y una camiseta azul. Se fue a la cocina a preparar algo para desayunar. Lo que le había preparado aquel desconocido, que decía llamarse Iván, lo ignoró por completo y decidió prepararse algo ella misma, en ese momento el sonido del frenazo de un coche llamó su atención.

Alice corrió hacia la ventana y se asomó entre las cortinas. Un vehículo había parado frente a su vivienda. Era un coche negro, con cuatro puertas; todas se abrieron casi al mismo tiempo. Por ellas salieron cuatro hombres, vestidos con un extraño uniforme que jamás había visto. Llevaban pantalón negro y un chaleco de color gris lleno de bolsillos. Abrieron el maletero y sacaron varias espadas, repartiéndoselas entre ellos, menos al hombre que había salido del asiento del copiloto.

Vestía de manera diferente, con una larga gabardina que casi rozaba el suelo. Tenía una barba blanca y espesa, igual que su cabello, aunque este era muy corto. Lo que más llamaba la atención era un bulto que le sobresalía en la espalda, a la altura de los hombros, parecía que llevaba algo esférico como una pelota o algo parecido. Daba la impresión de que era quien comandaba aquel grupo. Empezó a ojear todas las casas a su alrededor hasta que se fijó en la de Alice.

Enseguida se apartó de la ventana. Deseó que no fuesen a por ella. Tal vez se habían enterado de la visita de aquel desconocido o lo habían visto entrar en casa y venían a apresarle. Se quedó sentada debajo de la ventana, apoyada en la pared, prestando atención a los sonidos que procedían de la calle.

Las pisadas que sonaban en el asfalto y en la acera pasaron a ser un sonido metálico. Estaban subiendo por la escalera de forja. Sin duda, se dirigían a su casa. Cada pisada hacía estremecer aún más a Alice, que estaba totalmente presa del miedo.

Unos golpes en la puerta hicieron que saltase del susto. Una voz ronca

sonó desde el otro lado, mientras seguía golpeando con fuerza.

—¡Paso a la guardia! ¡Abran la puerta!

Alice empezó a temblar. Se levantó y se dirigió a la puerta presa de pánico. Era increíble el miedo que podía llegar a sentir una persona cuando su vida corría peligro. Acercó su mano al picaporte, lo notó más frío de lo habitual y con la otra mano corrió el cerrojo. Al quitar el seguro, la puerta se abrió y el hombre de las canas entró rápidamente empujando a Alice contra la pared.

Dos hombres más entraron tras él y empezaron a registrarlo todo. Alice se quedó callada mientras observaba impotente cómo revolvían su casa. Pensó en escapar, ya que la puerta había quedado abierta, pero, quizás, los otros dos hombres se habían quedado a montar guardia en el exterior o al lado del coche. El hombre de pelo blanco se acercó a la encimera y observó el plato de comida que seguía allí. Alice se acercó al centro del salón y se quedó allí quieta, con las manos a la espalda. El hombre se dirigió a ella y le dijo:

—Buenos días. Mi nombre es Dan y estoy aquí porque creemos que usted está siendo desleal al sistema que la protege. ¿Cómo se declara ante estos hechos?

—Inocente, por supuesto —respondió Alice, titubeando y agachando la cabeza.

—Pues entonces, si reafirma su inocencia, tendremos que continuar registrando su casa y hacerle algunas preguntas a las que tendrá que responder con sinceridad. ¿Lo ha entendido?

—Sí, pero yo no he hecho nada.

Quería preguntarles algunas cosas, pero pensó que tal vez no era el momento ni el lugar. Siempre había oído que cuando hacían este tipo de registros, lo mejor era no hacer preguntas y contestar a todas las que te hacían, así todo terminaría más rápido.

Dan cogió el plato de comida y se lo acercó a la nariz para, acto seguido, lanzarlo contra el suelo rompiéndolo y manchando todo con su contenido. Alice, asustada, dio un paso atrás y agachó aún más la cabeza. Mientras tanto, los dos guardias salieron de las habitaciones, comunicándole que todo estaba bien y que no habían encontrado nada.

—¿Se cree usted muy lista? —preguntó el hombre con una voz que imponía un gran respeto.

Alice levantó la cabeza para contestarle y cuando se disponía a abrir la boca, Dan levantó la mano y gritó:

—¡No hable, estoy hablando yo! Es una falta de educación y respeto hacia mi persona y no lo tolero. ¡Cállese y no se mueva de ahí!

Ambos guardias avanzaron hacia la puerta de salida. Mientras caminaban, pudo ver cómo le hacían un gesto a Dan. Ambos se quedaron guardando la entrada, esperando órdenes. Entonces, este se acercó a Alice, marcando con fuerza sus pasos y con las manos a la espalda hasta que se quedó a escasos centímetros de su rostro. La miró a la cara con una expresión de ira y le dedicó unas palabras con su voz ronca:

—Por el poder que me otorga la Orden Vitónica, acompañará a estos hombres a la Ciudadela Negra. Será trasladada allí y recibirá un nuevo hogar y un nuevo empleo. El cambio es obligatorio. Sus servicios serán más útiles en su nuevo destino. ¿Alguna pregunta?

—Sí. Si solo se trata de un traslado, ¿a qué es debido el registro?

—Nosotros solo cumplimos órdenes. Por cierto, no puede contarle nada de esto a nadie. Mis hombres la escoltarán hasta el vehículo. El camino es largo y no hay tiempo que perder. No hace falta que recoja sus cosas. Allí donde va no las necesitará; se le proporcionará todo lo que necesite.

Los guardias se acercaron a ella y le pusieron una mano en el hombro, mientras la empujaban levemente hacia el exterior del piso. Dan se quedó quieto mientras observaba cómo Alice caminaba entre ambos hombres hasta que salieron al exterior.

Fuera hacía mucho frío. Hizo un amago de darse la vuelta para coger una chaqueta, pero los guardias se lo impidieron y la empujaban sin miramientos. Bajaron las escaleras rápido. Mientras, se podía ver cómo las cortinas de las ventanas de algunos edificios colindantes se movían con sutileza; la gente observaba curiosa lo que ocurría. En una de esas ventanas vio la cara de una niña que observaba todo, pero pronto fue apartada por su madre.

Muchos pensamientos atravesaron su mente. Se preguntaba a qué se debía ese traslado. Siempre había cumplido con su trabajo, nunca había tenido ningún tipo de problema que pudiese llevarla a aquella situación. ¿Qué sería de sus amigos, de sus vecinos, de su casa? Eran preguntas que, de momento, no tenían respuesta. Las manos le temblaban ligeramente, tanto por el frío como por el miedo. Pensó en pedirles que le dejaran llamar a Robert para aclarar las cosas, pero seguro que no atenderían a razones.

Le hicieron subir en el asiento trasero del coche y sentarse en el centro. Los guardias tardaron en subir unos segundos. Los oía hablar entre ellos,

pero no lograba entender lo que se decían. Con disimulo, se movió un poco para poder escucharlos con mayor atención, pero, en ese momento, uno de ellos entró y se sentó a su lado.

Los demás también subieron al vehículo. El conductor, un hombre de pelo largo, miraba a Alice por el retrovisor mientras se acomodaba. El coche arrancó y empezó a vibrar con suavidad. Colocaron las espadas apoyadas contra las puertas, mientras que el copiloto tenía dos de ellas en su regazo; supuso que una de ellas sería la del conductor. Quería preguntarles muchas cosas, pero prefirió quedarse callada mientras intentaba conservar la calma.

Se pusieron en marcha y apenas unos segundos después de empezar a circular, una voz procedente de una emisora les advirtió. Aunque sonaba muy distorsionada, pudo entender que alguien los seguía y que tuvieran cuidado. Desde ese momento, los guardias no paraban de mirar hacia todas partes vigilando. El miedo de Alice iba en aumento. Tenía el presentimiento de que aquello no era un traslado, pero se veía obligada a hacer lo que le mandaban. Sabía que esos guardias no estaban ahí para protegerla, sino para apresarla. Allí se encontraba ella, en medio de unos desconocidos, sin saber hacia dónde la llevaban. Había oído tantas historias de gente que desaparecía después de que fuesen obligados a abandonar su vivienda que pensó en el peor de los presagios.

Mientras circulaban, iba fijándose en todo: cada edificio, cada letrero, cada calle, intentando adivinar hacia dónde se dirigían. Algunas de las personas más madrugadoras miraban el coche extrañados y sorprendidos, no era habitual ver un vehículo por las calles y mucho menos a esas horas. Otros, sin embargo, agachaban la cabeza y seguían su camino, como conejos asustados que han visto el rifle del cazador. El tiempo pasaba muy despacio. Todo parecía ir a cámara lenta, pero lo más perturbador era el silencio, lo único que se oía era el ruido del motor y los neumáticos sobre el asfalto. Todos permanecían callados, mirando hacia todas partes, sin decir palabra.

Al doblar la esquina del parque y cuando enfilaban la siguiente calle, a lo lejos, se vio la figura de una persona en medio de la carretera. Los cuatro ocupantes pusieron sus ojos sobre aquel personaje. Alice no entendía nada. Empezaron a maldecir y a ponerse nerviosos. El coche comenzó a acelerar con brusquedad y se oyó la voz del copiloto.

—¡Atropéllalo! ¡Ahora que tenemos a la chica no podemos perderla!

El coche continuó acelerando. La inercia la mantenía pegada al asiento

mientras que, atemorizada, veía cómo aquella persona sacaba una pequeña daga. Los guardias no paraban de gritar y decían algo de prepararse para un ataque. Alice no entendía nada. Lo único que podía hacer era ver cómo se acercaban cada vez más y más hasta que pudo apreciar de quién se trataba.

Era una muchacha, de cabello largo y rubio, que sostenía en su mano derecha una daga de tamaño medio. No se había movido ni un ápice de su posición. Llevaba una larga túnica blanca que se movía suavemente con la brisa matinal. Por su expresión no parecía estar asustada, sino todo lo contrario. Parecía no tener miedo alguno a que la atropellasen.

No pasaron más que unos segundos hasta estar tan cerca de ella que, aunque quisieran esquivarla, ya sería demasiado tarde. No había esperanzas para esa chica, iba a ser investida por el coche.

Expansión de la mente

Alice estaba totalmente atemorizada. No sabía lo que iba a ocurrir; solo podía imaginarse lo peor. En breves instantes vería cómo atropellaban a una joven ante sus propios ojos. Quería evitarlo, aunque sabía que sería inútil.

En ese preciso instante, el copiloto volvió a gritar alto y claro:

—¡Atropéllala! ¡Mata a esa asquerosa Astrati!

Astrati, esa palabra le llamó la atención; nunca antes la había escuchado. Alice añadió otra incógnita más a su larga lista de acontecimientos acaecidos desde esa mañana. Un tenso silencio se apropió del interior del vehículo. Todos dibujaban una sonrisa maliciosa en sus rostros al ver lo que estaba a punto de suceder. Alice se tapó la cara con las manos en un acto reflejo para no contemplar el horrendo espectáculo que iba a acontecer. Nunca había visto morir a nadie, era algo que siempre veía en sus sueños. La diferencia es que esto era real y no podía evitarlo.

La curiosidad le hizo mirar a través de los huecos que dejaban sus dedos. Pudo contemplar cómo la chica, con un grácil movimiento, apuntó con la daga hacia el coche y su cuerpo empezó a difuminarse, como si cambiase de textura. En apenas un instante, su cuerpo se había convertido en una niebla blanquecina, pero conservando todavía su forma original. Daba la impresión de que su cuerpo hubiese abandonado allí su «envoltura», escapando justo antes de ser embestida por el coche.

Entreabrió un poco más los dedos para observar mejor la escena. Las piernas de la mujer tocaron con el frontal del coche, pero lo atravesó como si fuera un fantasma. El vehículo se llenó de una especie de neblina fría y húmeda. Era como esa sensación que tienes cuando abres la puerta de un frigorífico y el frío del interior viene hacia ti. Alice notó cómo unas pequeñas gotas de sudor caían en sus brazos. Cerró con fuerza los ojos esperando que todo terminase. Notó cómo el coche se balanceaba con brusquedad un par de veces y se detenía después del inconfundible sonido de las ruedas frenando en seco. El silencio se rompió; los guardias no

paraban de maldecir a la muchacha. Alice retiró sus manos y abrió los ojos para contemplar lo que había ocurrido.

El conductor tenía una daga clavada en medio del pecho. La sangre salía sin control salpicándolo todo y cada vez que intentaba respirar, brotaba con más fuerza. Alice se dio cuenta de que lo que había sentido en sus brazos no eran gotas de sudor, sino de sangre, y se las limpió rápido frotándolas con sus manos, era repugnante. Miró a lo lejos, a través del parabrisas del coche, y vio a la muchacha en el mismo lugar, sin haberse movido lo más mínimo.

El copiloto intentó ayudar a su compañero, pero era demasiado tarde, ya había muerto. Alice estaba asustada, acababa de ver morir a una persona. Estaba en un coche con una panda de lunáticos y asesinos a los que poco les importaba la vida de otras personas.

Los guardias hablaban sin cesar. Gritaban y se ponían cada vez más nerviosos hasta que decidieron bajar del vehículo. Dan asomó la cabeza por la puerta trasera y con una voz muy alterada y unos ojos que ansiaban venganza, le dijo a Alice:

—Nos atacan. Quédate dentro del coche y, pase lo que pase, no dejes que te cojan o te matarán.

Los tres corrieron entonces hacia la mujer, con las espadas en alto en tono desafiante. Alice pensó en escapar, pero su cuerpo no reaccionaba, estaba presa del pánico. Las piernas no se movían. Temblaba de miedo, mientras contemplaba el cadáver del piloto; todavía salía sangre de la herida.

Allí estaba, sentada, observando cómo la mujer sacaba una espada que portaba a su espalda y empezaba a luchar con los tres hombres. Cientos de chispas saltaban en la refriega cada vez que una espada hacía contacto con la otra. Se oían los gritos y golpes en toda la calle cuando, de repente, vio a un hombre que saltaba del tejado de un edificio. Mientras caía sostenía una gran bola de luz con sus manos, manteniéndola encima de su cabeza. Su brillo era muy intenso y se notaba que desprendía una especie de ondas de energía. A unos metros de llegar al suelo, los tres guardias retrocedieron, mientras la chica se quedó inmóvil de nuevo.

Lo que estaba pasando le recordaba de alguna manera al hombre del sueño que había tenido la noche anterior, aquel que había producido una gran explosión golpeando el suelo con la mano. Esa gente era capaz de hacer cosas extraordinarias y no las utilizaban para hacer el bien, sino todo lo contrario.

Alice estaba en lo cierto. Nada más golpear el suelo, una tremenda explosión sacudió el lugar y levantó una gran nube de polvo. Cuando se disipó, los tres guardias seguían en pie pero a una distancia prudencial. El hombre que acababa de aparecer en escena se situó al lado de la mujer y se dirigieron algunas palabras.

El asfalto estaba hundido, hecho pedazos, y un gran cráter se abrió a los pies del joven muchacho. Los tres guardias volvieron a la carga, ignoraban lo que acababa de ocurrir, aunque lo más impresionante vino a continuación. El recién llegado estiró los brazos hacia abajo y de sus dedos salieron unas cuchillas en forma de rayos de luz.

Los guardias se abalanzaron sobre ellos y de nuevo comenzó la lucha. La chica y su compañero parecían mucho más fuertes, aunque no conseguían doblegar a sus rivales. Alice no podía dejar de pensar en lo que pasaría cuando aquello terminase. Seguro que el ganador de la contienda la obligaría a irse con ellos. Ahora tenía una oportunidad. Estaban inmersos en la lucha y sería el mejor momento para escapar, pero quizás no conseguiría ir muy lejos, la encontrarían tarde o temprano y seguro que después de lo sucedido no serían tan amables.

Sumida en un mar de dudas, decidió quedarse allí agazapada. De pronto, apareció otro vehículo en escena y se detuvo al lado de donde ella se encontraba. La puerta del copiloto se abrió y pudo reconocer al conductor. Era Iván. Estaba haciéndole señas para que subiese al coche, mientras gritaba:

—¡Sube! ¡No tenemos mucho tiempo!

Alice volvió a sentir esa extraña sensación en su interior que le hizo confiar en él. Sin dudarlo, abandonó el coche y subió al otro lo más rápido que pudo, mientras echaba una ojeada para ver si los guardias se habían percatado de la situación. Nada más cerrar la puerta, Iván aceleró con brusquedad para huir del lugar. Alice echó un momento la vista atrás. La lucha continuaba y a medida que se separaban, la escena se hacía más y más pequeña.

En apenas unos minutos, habían salido del pueblo y solo se veían tierras de labradío y verdes campos a ambos lados de una larga lengua de asfalto que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Iván echó mano de una chaqueta que había en el asiento trasero y se la ofreció sin mediar palabra. Ella la cogió mientras se miraba los brazos, tenía todavía sangre en ellos. Se sintió aliviada al conseguir librarse de los guardias. Esperaba que hubiese